

CARLOS PUMARES:

Un grito en la noche

Iván Reguera

Juan José Aparicio

Título: Carlos Pumares: Un grito en la noche

Autores: © Ivan Reguera Pascual
Juan José Aparicio Arriola

ISBN-13: 978-84-8454-506-4

ISBN-10: 84-8454-506-7

Depósito legal: A-551-2006

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33
C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)
www.ecu.fm

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87
C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)
www.gamma.fm
gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Los autores y editores no se hacen responsables de las opiniones vertidas por los entrevistados en este libro.

Agradecimientos

A todos los que han participado en el libro: a Rafa Fernández, Miguel Ángel García Juez, José Luis Balbín, Alberto y Jaime Rull, Antonio Giménez-Rico, José Menchero y Gonzalo Cid; sin olvidar a Manuel Martín Ferrand, cuya entrevista publicada en *Otra Realidad* nos fue de gran ayuda.

A los espontáneos no famosos como David Gómez y Matías Vega, la voz de los oyentes que tenía que estar en este libro.

A Juanjo Rubio, otro oyente al que encontramos gracias a Internet y que nos aportó documentos grabados muy valiosos para nosotros.

A Rafa Moreno por sus fotos.

A Mirian Arbalejo por las correcciones.

A Antonio Sempere, por habernos apoyado, y a Editorial Club Universitario por haber creído en el libro.

Y, claro está, a Carlos Pumares por su memorable *Polvo de Estrellas*. Por haber aguantado nuestros interrogatorios y descubrirnos verdades y confesiones que jamás hubiéramos imaginado.

Anoche soñé que volvía a Manderley

“Con excesiva rapidez tiende la mano el solitario a aquel con quien se encuentra. Y existen muchos hombres a quienes no deberías dar la mano, sino la pata; y bueno sería que tu pata tuviera garras.

Pero el peor de los enemigos con quien puedas topar eres tú mismo: a ti mismo te acechas tú, en las cavernas y en los bosques.

¡Oh, solitario, tú recorres el camino que conduce hacia ti mismo! Y ese camino pasa junto a ti mismo y tus siete demonios”.⁽¹⁾

Estaban sentados sobre un sillón-cama de casa de soltero perenne, frente a un televisor de veinte pulgadas. Dos metros de suelo de parqué les separaba del mueble rústico y descuidado en donde, aparte del televisor, también residían en régimen de alquiler un vídeo VHS con mando a distancia y lápiz óptico, un coche de hojalata en miniatura con las ruedas dobladas –aparcado ahí como recuerdo de unos inquilinos que no habían conocido–, y tres músicos de *jazz* de cerámica sospechosa. También había muchos libros de cine, organizados por tamaño en las estanterías superiores, las laterales estaban ocupadas por novelas y libros de ensayo. En una esquina del salón se balanceaba “la mecedora de Mose Harper”, llamada así como homenaje al personaje fordiano de *Centauros del desierto*.

⁽¹⁾ Así habló Zarathustra (Friedrich Nietzsche).

Ambos volvieron al sillón tras haber desenfundado del plástico otro par de latas de cerveza. Habían estado comentando brevemente lo visto y oído a través del televisor y se sentaban de nuevo animados a continuar con el programa. El presentador miraba en ese momento directamente a una cámara *steadycam*, arqueaba una ceja como invitándola a pasar un fin de semana en su casa, y se sentaba junto a dos personas. Una de ellas, al parecer, acababa de ser expulsada de una casa que no era en sí una casa, sino un concurso que consistía en permanecer en ella el máximo tiempo posible sin ser expulsado. Aparentemente dichoso, hablaba en cambio sobre lo duro que era sobrevivir, sobre la falta de tabaco y alimentos, y desmentía haberse follado a otra concursante debajo de un edredón. La otra persona era calva, tenía la voz ronca e insultaba al resto de los invitados del programa mientras asumía estoicamente su consumo habitual de cocaína. Frente a ellos había dos personas más; una que no supieron discernir si también había sido expulsada de una casa o de un concurso de cantantes –que también residían en una casa–, o simplemente si había follado con alguno de los expulsados de la casa, del concurso de cantantes, o con algún futbolista. La otra era una chica cuyo padre era o había sido actor, e iba al programa a explicar que su padre el actor no mantenía relaciones sexuales con su hija –refiriéndose a otra hija nueva, no a ella–, una que había aparecido de repente y a cuyo padre, el actor citado, se le había visto estirando crema para el sol en su espalda y en actitud poco paternal, según las fuentes. Y terminando el círculo que dibujaba la mesa central del plató televisivo –a la que habían aplicado unos escalones para quien quisiera subirse a bailar o desnudarse–, se sentaba y se levantaba Carlos Pumares, crítico cinematográfico en paro según versaba el rótulo televisivo. En él reconocieron al locutor que explicó el significado del monolito de la película *2001*, y, también en ese momento, al que opinaba sobre ciertos restaurantes peninsulares dedicados a defraudar a los comensales,

presentando sus degustaciones en platos cuadrados y en sentido vertical. No era la primera vez que colaboraba en televisión, a veces repitiendo lo que ellos habían escuchado en su programa *Polvo de estrellas* años antes, y siempre acompañado a modo de banda sonora del *Así habló Zarathustra* de Richard Strauss.

“Si del monolito hubiera salido un rayo espacial como el de La guerra de las galaxias, que le hubiera pegado al mono en plena coronilla, se hubiera acercado a los restos de aquel animal, agarrado el hueso y emprendido a golpes contra los monos del otro clan... todo el mundo comprendería ahora que el monolito trataba de dar la evolución al ser humano por mediación de una inteligencia superior y extraterrestre”.

Algo fundamental había cambiado desde que años atrás escucharan estas mismas palabras por boca de Carlos Pumares. Se dieron cuenta de que, en definitiva –como Carlos Pumares afirmaría más tarde–, no habían cambiado sus discursos –en lo que estaban de acuerdo–, pero sí lo había hecho el interés de los presentes y televidentes por escucharlos. Ahora a nadie parecía importarles el significado del monolito, sino más bien parecían disfrutar exclusivamente de su gesticulación agresiva, de su sobreactuación y de los jocosos comentarios de los invitados que le rodeaban. Sin duda, algo importante se les había pasado por alto en la vida de Carlos Pumares o había cambiado en la actitud de sus oyentes. Aquél no parecía el mismo hombre que les transmitiera la pasión por el cine que vivían en la actualidad, que les descubriera *La llave de cristal* de Dashiell Hammett o hubiera hecho que compraran el *Stg. Pepper’s* de The Beatles y en vinilo porque en compact disc no sonaba igual de bien

Volvieron a encontrarse una semana más tarde en la plaza de Isabel II. Recordaron allí mismo, junto al quiosco de la boca del metro, la película *Opera Prima* de Trueba. Era como el *Manhattan*

de Woody Allen pero en el castizo barrio de los Austrias. Lo más positivo: las macizas caderas de Paula Molina, que estaba “*mu rica*” pero que había realizado una interpretación espantosa. “*Ta entretenida*” –concluyeron como remate a la crítica mientras continuaba el paseo.

Caminaron hasta la plaza de Oriente, giraron por la calle Mayor y comenzaron su habitual ronda de vinos. Pasado el kilómetro cero, entraron en la zona de Huertas y allí, con el codo apoyado en la barra de otro nuevo bar, uno de ellos echó una ojeada a la portada del periódico. El diario informaba sobre la sentencia judicial que condenaba la absorción de Antena 3 radio por el grupo Prisa –tiempo después sabrían que nadie esperaba el cierre de la emisora tras su absorción–. También incluía en su portada una fotografía de Luis Figo, driblando a un contrincante en el partido de fútbol del sábado anterior, y una entrevista con el alcalde de Madrid explicando su nuevo plan de ampliación de la línea de metro. La noticia sobre Antena 3 radio volvió a introducir en el presente a Carlos Pumares. Les llevó a preguntarse en qué diablos estaría trabajando aparte de su colaboración en el programa televisivo nocturno que habían visto una semana antes. Curiosamente, en ese mismo momento, apareció en el bar David Guerra preguntando antes que saludando: ¿Visteis el otro día a Carlos Pumares en la tele? También pidió la tapa antes que la consumición. “*Si tuviera la oportunidad de entrevistar a Carlos Pumares, me gustaría saber si su personaje radiofónico era tal, una extensión de sí mismo o simplemente una careta*” –dijo David–. Ellos habían tenido la oportunidad de entrevistar a Carlos años atrás, en el festival de San Sebastián y en una emisora de radio cuando todavía dirigía y presentaba *Polvo de Estrellas*, pero aun así, eran incapaces de responder la duda que David Guerra planteaba. Se quedaron ambos mirándose, sin saber qué decir. Se hizo un incómodo silencio:

- *El otro día vi Diarios de motocicleta, y me gustó –dijo David Guerra.*

- *Es lamentable –replicó uno.*

- *Es espantosa –dijo el otro.*

- *Pero no entiendo, si todo el mundo dice que es una maravilla.*

Tiene una fotografía cojonuda...

- *Claro.*

- *Por supuesto... ¿me pone otro vino por favor?*

- *Además, ésa será vuestra opinión...*

- *Hombre... ¿tú crees que es la de mi tía Enriqueta?*

- *¿Te ofende que no nos guste, David? ¿Acaso has hecho tú la película?*

- *No, pero no sé por qué os empeñáis en llevar la contraria, si todo el mundo dice que es buena. Tampoco me vale que digáis que es una mierda. Tendréis que explicar por qué os parece mala.*

- *¿Qué quieres que le responda a alguien que lo primero que dice sobre una película, que al parecer le ha emocionado, es que la fotografía es muy bonita? ¡Para eso cómprate diapositivas, muchacho! ¡Es mala porque no se puede hacer de nuevo Easy Rider en Argentina con un Peter Fonda asmático, porque los personajes son calcados a los del clásico de los sesenta! ¡Porque hay que tener la cara muy dura y ser un auténtico sinvergüenza! ¡Porque el guión es una cursilada previsible!*

- *¿Quiere hacer usted el favor de dejar de gritar en mi bar? –dijo con voz seria el camarero.*

- *Deberíais hacerle un libro a Carlos Pumares –adujo con cierta sorna David Guerra, una vez se marchó el camarero–. Después de todo, os comportáis igual que él, como unos terroristas cinematográficos.*

“Hago películas para explorar. Si no sé de qué va una película, yo sigo y la hago; sin embargo, si supiera exactamente en qué consiste, perdería el interés por ella. Por lo tanto, lo que

me resulta atractivo es la emoción de la exploración y el peligro que implica (...)”.⁽²⁾

Llevaron consigo estas palabras el día que entrevistaron por primera vez a Carlos Pumares en una de las cafeterías del Hotel Eurobuilding de Madrid. No sabían exactamente en qué consistía la tarea de hacer una biografía sobre Carlos Pumares, porque, entre otras cosas, no sabían tampoco quién era exactamente Carlos.

Muchas preguntas se les fueron acumulando a lo largo del extenso y arduo proceso posterior, y no todas relacionadas directamente con la vida y trabajo como crítico, guionista y distribuidor de Carlos Pumares. Pero poco a poco, entrevista tras entrevista, se fueron dando cuenta de que dar respuesta a esas preguntas era de una importancia clave, puesto que en ellas residía la razón más profunda e íntima de muchas de las decisiones profesionales que Carlos había tenido que tomar en su vida. Ello llegó a dimensionar el libro mucho más de lo esperado, pero tenían la esperanza de que dilucidara muchas de las interrogantes que pudieran surgir en los lectores. Como decía uno de los más famosos aforismos de Carlos Pumares: “El buen crítico de cine no sólo tiene que saber de cine, sino de muchísimas otras cosas más”. Igualmente, para conocer a Carlos Pumares no sólo había que entrevistarse con él, sino profundizar en otra variada serie de temas.

Antes de llegar a la mesa en donde Carlos les esperaba vestido con su traje azul marino, de botones y gemelos dorados, el recepcionista les preguntó si sabían a dónde iban –quizá los vaqueros y camisas deportivas le resultaran inapropiadas–. Contestaron que sí, que tenían claro a quién iban a entrevistar y por qué. Hoy en día dudan de la respuesta que dieron entonces,

⁽²⁾ “Laurent Tirard. Lecciones de cine” (Entrevista a John Boorman. Ediciones Paidós Ibérica, S.A. 2003).

pero se sentaron, pidieron a los educados camareros un par de cafés con leche, cortos de leche y con dos terrones, “por favor”. Miraron a Carlos Pumares directamente a sus ojos y presionaron el botón “rec” del magnetófono.⁽³⁾

- ¿Está grabando?
- Sí. Si te parece, podríamos comenzar quitándonos de en medio fechas, lugares y demás datos supuestamente importantes.
- Nací en 1943 en Portugalete, Vizcaya.
- Tu mujer se llama...
- Carmen Viejo Álvarez y tiene 9 años menos que yo.
- Tu hijo.
- Como yo, Carlos Pumares. Tiene 23 años.
- Tu padre.
- Carlos Pumares también.
- Tu madre.
- Josefina Pardo.
- Bien, pues rellena ya tu ficha personal, podrías hablarnos de aquella margen izquierda del Nervión, en donde frecuentas tus primeros cines y se desarrolla la primera parte de tu infancia.
- Bueno, Portugalete para mí ya está lejos, muy lejos. Mis padres siempre me llevaron al cine porque a ellos les gustaba mucho. Viví pocos años en Portugalete, mis padres enseguida se trasladaron a Bilbao, aunque yo seguí yendo muchos años. Allí vivía mi tata, a la que adoraba. Vivía en una casa por donde pasaba el tranvía que iba hasta Portugalete, y éste tenía parada en frente de un cine que se llamaba Cine Ideal. Mi tata era amiga de no se quién, que era acomodador del Cine Mar, y ahora he entendido que mis padres me llevaban gratis con ellos.

⁽³⁾ Todas las entrevistas de este libro están realizadas por los autores directamente a las personas que en él se citan y grabadas en soporte magnético, excepto la realizada al Sr. Manuel Martín Ferrand, que está extraída del periódico digital *Otra realidad*.

- Todo el mundo tiene la imagen de la primera película que recuerda haber visto, una imagen mental que no tiene que corresponder precisamente con su primera proyección.

- Yo recuerdo haber visto en el Cine Mar una película que se llamaba *China*, es el único recuerdo que tengo. Te estoy hablando de cuando tenía seis o siete años, en aquella época empezó a fascinarme el cine.

- ¿En qué parte de Bilbao vivías?

- En la parte nueva, en la calle Gordoniz.

- ¿Y en Portugalete?

- Me parece que la calle esa se llamaba General Concha. Bajando por las cuestas de Portugalete, en donde era muy divertido ver los pasos de Semana Santa, se llegaba al transbordador, que a mí siempre me ha gustado desde pequeño. Nunca me gustó la playa de Las Arenas porque tenía demasiada mierda, y generalmente por la tarde me llevaban a Neguri, a la playa de Ereaga. Las vacaciones de verano las pasaba en Pontevedra con mis abuelos.

- ¿A qué se dedicaba tu padre?

- Era militar. Bueno, ¿por dónde iba? Sí, que cuando yo ya sé que mi vida de alguna forma se va a inclinar por el cine, es cuando entro en la escuela de los Jesuitas de Indautxu. Entré con diez años. Allí ponían películas, una de dibujos, una comedia de Chaplin y un NODO, todos los jueves y domingos. Además era muy curioso, porque era un salón bastante infecto...

- ¿Por qué proyectaban los jueves?

- Porque en aquellos tiempos la vacación era el jueves por la tarde y no el sábado, el sábado había clase, y el jueves por la mañana también. En Navidades había cine todos los días. La sala estaba formada como con bancos de iglesia y en la parte de atrás había butacas de madera, en las que te podías sentar cuando llegabas a cuarto. ¡Aquello era la hostia! Lo curioso del caso es que luego en Bilbao había otro negocio que era el de

las parroquias. Las parroquias tenían cine los domingos, y yo recuerdo ver cine en la parroquia de Indautxu,⁽⁴⁾ de tal forma que yo me pasaba el domingo en una matinal en el Olimpia, por la tarde a las cuatro a Indautxu, en fin, que todo el domingo de cines. Ahora, con lo mayor que soy, me digo, ¡anda la leche!, yo he ido a estrenos de John Ford, a estrenos de Howard Hawks, de Renoir, de Rossellini, de Vittorio de Sica. Es decir, yo recuerdo ver *El hombre tranquilo* en el cine Trueba de Bilbao. Y *El hombre que mató a Liberty Valance* cuando estaba en Granada estudiando la carrera.

- Si has visto todas esas películas de estreno, debes tener más años de los que nos has confesado...

- Ten en cuenta que en España yo he visto una cantidad de películas que no es normal ni por mi edad. Por culpa de la guerra civil, y luego de la guerra mundial, hubo un bloqueo de cine americano en España. De tal forma que llegó a España con cierto retraso y no era fácil que yo pudiera verlo de estreno. Entonces las salas, las parroquias, ponían un cine muy antiguo pero que era más antiguo de lo debido. No es normal que yo viera *Al servicio de las damas* en una parroquia. Ponían las películas a punto de caducar que durante cuatro años no habían llegado a España. Y eso me ha permitido ver mucho cine.

Alberto Rull, ayudante y productor de Pumares:

Carlos es una máquina, una enciclopedia. Yo le he visto adivinar una película por una secuencia. Le he oído preguntar a una señora que cuál película era una en blanco y negro en la que salía una señora de negro en un pozo. Y Carlos le decía que

⁽⁴⁾ Hoy todavía existe este lugar y allí sobrevive todavía el Cine Club Fas, uno de los más antiguos de toda Europa.

no era en blanco y negro, que era en color, que la señora era un señor vestido de pingüino y que el pozo era un acantilado. Y la señora lo reconocía [risas]. Cosas increíbles. De todas formas, lo que yo siempre he dicho es que ha cometido un fallo por no preocuparse por la actualidad.

Antonio Giménez-Rico, director de cine:

Bueno, yo diría que fundamentalmente Carlos es una enciclopedia viviente. Digamos que a mí me interesa más que su criterio, con el que a veces discrepo, su información. Carlos no es que posea muchos datos, es que se acuerda. Claro, los demás tenemos tantos datos como él, quizá más, pero yo ya no me acuerdo de nada, mi cabeza no tiene ese archivo. Lo bueno de las veces que he escuchado su programa no es que alguien le haga una pregunta y él conteste al día siguiente, es que él contesta inmediatamente: conoce al director de fotografía, al del café y todo. Tiene una memoria prodigiosa.

Matías Vega, director amateur y fiel oyente desde hace años:

Yo no reconocía en el personajillo del vomitivo programa de Sardá al hombre que admiré y escuché durante años y años. Es como si nos hubiese traicionado de alguna manera. Es algo como el mal de Alzheimer... se olvidó de lo que era y de lo que representaba. ¡Pumares era un maestro y un amigo! ¡Le llamaban "la computadora" por su memoria y sabiduría! Siempre jugabas a intentar ser más rápido que él cuando le preguntaban por el título de una película con dos o tres pistas. Por eso te duele más verle así. También por eso soy más duro que otros, porque no consiento que se pueda justificar a este nuevo Pumares.

Miguel Ángel García Juez, periodista con el que Pumares trabajó en la tertulia *Viva la gente*, en Antena 3 Radio:

Es ácido con la gente. Es puñetero. Es muy listo, tiene una memoria espectacular. No sé si sabe de cine, porque el que no sé soy yo, pero conoce el nombre de todos los actores y las productoras, y da la sensación de que sí que sabe de cine. Como hombre de radio es bueno, aunque me parece algo exagerado, que caricaturiza en exceso su papel. Llega a rayar en ocasiones en la mala educación.

Rafa Fernández, periodista y antiguo jefe de prensa:

Sí, Pumares se ve todas las películas y luego cuando le preguntan sabe contestar, pero se le escapa la vida entre sesión y sesión. Pumares es un icono, pero la gente ha llegado a llamarlo de farra en una casa para descojonarse todos de él. Y no creo que ya nadie llame a Pumares para que le diga cómo es Trainspotting. En los medios (pobres, injustos o crueles) hay que dar un servicio, pero él no ha sabido o no ha querido darlo.

- Ésa es mi vida, una vida que cuando llegaba a Pontevedra en verano se mantenía, porque había una cosa que se llamaba “jueves familiar”, día en que el cine costaba dos pesetas en vez de ocho para que fuera toda la familia. Recuerdo haber visto en el Victoria, a muy temprana edad, *Una noche en la ópera* y haberme reído como un desesperado. A toda mi familia le ha gustado el cine como espectadores, ninguno se ha dedicado a ello. Mi madre escribía poesías y otras cosas, pero nada relacionado con el cine. Recuerdo a mi tía hablando con mis abuelos sobre qué divertidos eran los hermanos Marx. ¡Qué alegría cuando llegué a Pontevedra e iban a poner *Una noche en la ópera* en el “jueves familiar”!

Para mí las vacaciones fueron cine, los jueves y domingos eran cine, y ya desde que era muy pequeño.

Cine, cine

Recuerdo bien
aquellos *Cuatrocientos golpes* de Truffaut
y el *travelling* con el pequeño desertor,
Antoine Doinel,
playa a través,
buscando un mar que parecía más a paredón.
Y el Happy End
que la censura travestida en voz en *off*
sobrepusiera al pesimismo del autor,
nos hizo ver
que un mundo cruel
se salva con una homilía fuera de guión.

Cine, cine, cine,
más cine por favor,
que todo en la vida es cine
y los sueños,
cine son.

Al fin llegó
el día tan temido más allá del mar,
previsto por los grises de Henri Decae;
cuánta razón
tuvo el censor,
Antoine Doinel murió en su *Domicilio conyugal*.

Pido perdón
por confundir el cine con la realidad,
no es fácil olvidar *Cahiers du cinéma*,